

LA SANGRE DE LA ETERNIDAD

Madrid, mayo de 1947...

-¡No, no me mates! –El general despertó de una pesadilla–. ¡Madre! Un poco de agua...

La monja entró en la habitación apresurada.

-¿Qué le pasa, general?

-No puedo dormir –exclamó el militar asiéndose a las barras laterales de la cama–. Tengo siempre la misma pesadilla. Un susurro en un idioma extranjero que me atrae, luego, me falta la respiración y me despierto... es una situación horrorosa. Me recuerda a la guerra. En Cuba, cerca de “La Habana vieja” sufrimos un ataque espantoso donde murieron varios compañeros. Durante dos años sufrí parecidas pesadillas, fue horrible.

-Ande, déjeme colocarle bien la almohada.

La monja le puso un paño frío en la frente al militar, y le dio un vaso de agua.

-Relájese, intente dormir...

Un ordenanza que realizaba guardia en el pasillo de la planta del hospital donde se hospedaba el general se despertó y entró acelerado a la habitación.

-Perdón, señor, no le había oído.

-No se preocupe, cabo, no se alarme, me queda poco tiempo de vida. Sólo soy un pobre viejo acabado. Madre, –refiriéndose a la monja–, ya puede abandonar la habitación...

La religiosa se retiró prudentemente y cerró despacio la puerta, eran las tres de la madrugada.

-Tómese un calmante, ¿le duele algo?

-Tengo quemaduras importantes y, por si fuera poco, me han diagnosticado un tumor cerebral ¿le parece suficiente?

-Perdón, no quería molestarle –dijo el cabo con reserva.

Alonso Cuartero fue general de división de Infantería. Era un militar importante, participó en las campañas de Cuba y Marruecos. Al proclamarse la República intervino en una serie de conspiraciones contra el nuevo régimen encargándose de varias sublevaciones en Madrid. Al constituirse en Burgos la Junta de Defensa Nacional fue nombrado miembro de la misma y en septiembre de 1936 formó parte del grupo de generales que eligió al general Franco Generalísimo. Durante la guerra desempeñó los cargos de jefe del I Cuerpo de Ejército y después el de jefe del Ejército del Centro hasta el final de la guerra. Ya en tiempos de paz fue ascendido a teniente general encargándose de la Capitanía General de Madrid y más tarde de la presidencia del Consejo Supremo de Justicia Militar. En 1943 firmó junto a otros generales una carta al general Franco aconsejándole que instaurara la monarquía.

-Con toda la gente que conozco y nadie ha venido a interesarse por mi salud...

-Es posible que no se hayan enterado del accidente, señor. No obstante, deben de considerarle persona importante –el militar corrió las cortinas y el resplandor de las farolas de la calle inundó la habitación–, desde aquí se pueden ver a varios soldados vigilando atentamente yendo y viniendo en todas direcciones, dicen que el mismísimo Franco ha ordenado mantener estrecha vigilancia hacia su persona. Si eso es tenerle olvidado...

Lo cierto era que en la calle no había nadie, el soldado trató de calmar al militar para que se durmiese y descansara tranquilo.

-Es usted muy hábil, soldado –sonrió el militar–. Acérquese, hijo –el general se incorporó con cuidado–, no fue un accidente, cabo. Aquello fue tramado por los aliados. Todos los que murieron eran agentes nazis y soldados españoles a cargo del campo. Había presos judíos que iban a ser utilizados para negociar el rescate de importantes militares españoles cautivos de la guerra mundial en poder de los ingleses. No se encontró ningún cadáver judío entre los restos humanos...

-No le entiendo... Murió mucha gente quemada –el joven se levantó y abrió las ventanas, hacía calor, hizo un gesto de comprensión y volvió a sentarse cerca de una mesa.

-No, allí había cadáveres con la cabeza cortada, cuellos degollados y miembros amputados... Una pesadilla. Pero ni rastro de los judíos.

-¿No será producto de su imaginación?

El general encendió la luz de la mesilla y se puso las gafas.

-¿Insinúa que me lo he inventado? Puedo mandarle fusilar por mucho menos.

-No, por Dios... el soldado sintió un escalofrío por el cuerpo.

-No blasfeme –dijo el general con energía.

-Quería decir que es posible que lo haya soñado o algo así.

-No, estando entre las llamas, una mujer se me acercó y me cogió del pecho, me miró fijamente, y justo cuando iba a matarme oí un susurro entre el crujir de la madera quemada que decía: “ya estás muerto”, y me soltó.

-¿Cree que una persona puede aguantar entre las llamas sin quemarse? No es posible –el soldado movió la cabeza con resignación, cruzó las piernas y sacó su pitillera–, ande, vamos a fumarnos un cigarrillo...

-¿Sólo se ha fijado en ese detalle, no se da cuenta? Sabía que tenía un tumor, por eso dijo que ya estaba muerto, ¿no le parece increíble?

-Creo que está usted muy cansado y obsesionado con algo que pudo ser fruto de su imaginación.

-Deme uno de esos cigarros –el general sacó un mechero y prendió su cigarrillo–, acérqueme un cenicero, charlemos... Nadie quiso escucharme. Esa mujer vino desde Dachau, un campo de concentración nazi, entre otros presos que pertenecían al servicio secreto inglés. Todavía recuerdo su cara, arrogante y desafiante, una actitud que no era normal para un preso de guerra. Mandé al capitán Gómez Alarcón que investigara la procedencia de la misteriosa espía británica. Al cabo de un mes contrajo una rara enfermedad y murió. Ordené traer sus pertenencias. Descubrí que el Capitán andaba tras la identidad de la espía y que había avanzado en sus indagaciones. Tenía informes sobre espías españoles y extranjeros desaparecidos en la guerra y sus posibles paraderos actuales. Había fotografías y expedientes que yo creía inaccesibles. Un mes más tarde recibí un paquete desde Inglaterra destinado al campo de Miranda de Ebro con las referencias del capitán fallecido. Al principio no le di

importancia y dejé el envío en un rincón hasta encontrar algún familiar que se hiciera cargo de las pertenencias del capitán. No habiendo obtenido resultados en mis averiguaciones sobre los familiares del noble militar, posiblemente no los tenía, me decidí a abrir el paquete y desvelar su contenido. Su interior escondía el retrato pintado de una mujer bellísima firmado por un pintor del siglo XVI, un tal Tivadar Muunkacsy de procedencia húngara. El parecido con la espía británica era asombroso. Decidí abrir una investigación y vigilarla de cerca. Se llamaba Vera Lloyd; el nombre no parecía tener ninguna vinculación húngara, pero el parecido era tan sorprendente que debía tratarse de un antiguo familiar, o, simplemente, una extraña casualidad. Examiné las referencias de la cautiva y entonces comprendí... –el general miró al soldado, que apuraba su cigarrillo, y continuó con su exposición–, espero no aburrirle con mis historias, le aseguro que todo lo que le estoy contando es cierto.

-Continúe, me tiene intrigado...

-Los tres campos de concentración donde había estado la espía inglesa habían sido destruidos por las llamas de un misterioso incendio y enfermedades ocasionales, o se habían producido extraños asesinatos y desapariciones de presos judíos. Había cadáveres degollados y amputados y se registraron antiguos rituales atribuidos a los nazis. Todo parecía increíblemente misterioso. Por desgracia, la guerra había terminado y los nazis derrotados y condenados. Ante la imposibilidad de contrastar tales atrocidades decidí descubrir la identidad de la mujer del retrato y lo mandé al museo del Prado de Madrid para que le fuese practicado un análisis concienzudo por algún especialista. Poco después el campo de Miranda de Ebro ardió en llamas y todo quedó en el olvido... Ahora estoy aquí desahuciado y obsesionado con una mujer que ni siquiera sé si sigue viva.

-¿Tuvo noticias del cuadro? –Preguntó el joven militar.

-No, pero su inesperada presencia y el hecho de haberle dado a conocer mi extraña historia me hace pensar en la posibilidad de efectuar una visita oficial al Museo del Prado –dijo el general apartando sus gafas hasta el extremo de su nariz mirando al joven cabo del ejército nacional.

-Su estado no es el más apropiado para una visita de ese calado. Debería de pedir permiso al médico del hospital...

-Esto es un hospital militar y yo soy general, puedo hacer lo que quiera. Sólo con dar la orden todo el hospital estará a mis pies, ¿comprende?

En los sótanos del museo del Prado se amontonaban, apiladas, obras de todo tipo, esculturas y cuadros que habían sido víctima del expolio en la guerra civil e importantes colecciones que se iban recuperando del saqueo al que había sido sometido el museo por ambos ejércitos en la contienda. Llegaban obras desde diferentes puntos de España, Suiza y Alemania, dejando el interior del subterráneo totalmente desorganizado.

-Buenos días, busco a Mario Engelman, restaurador y encargado de la repatriación de las obras perdidas en la guerra, soy Alonso Cuartero, general de infantería –dijo el militar sentado en una silla de ruedas guiada por el joven cabo del ejército.

En el fondo de la estancia había una mesa de estudio descuidada con una banqueta de madera. La luz se colaba por dos tragaluzes que incidían su luz sobre “La maja desnuda” de Goya. En las esquinas, las telarañas se repartían el dudoso honor de destacar entre la humedad y las paredes desconchadas.

En una pequeña mesa había un hombre con un monóculo de aumento y una pequeña espátula intentando copiar una imagen en un lienzo...

-Adelante, yo soy Mario Engelman –el restaurador dejó una paleta de pigmentos anaranjados en la mesa y se quitó el monóculo, se levantó y corrió unas cortinas raídas que protegían uno de los tragaluces.

-Hace un par de meses le envié un retrato del siglo XVI con el objeto de que alguien pudiese desenmascarar la identidad de la persona que estaba retratada. Todavía no he tenido respuesta y quisiera saber si han trabajado en el asunto –adujo el general acercándose hacia el restaurador.

-Alonso Cuartero... Sí, ya recuerdo. Le mandamos un informe con los resultados al campo de Miranda de Ebro. El cuadro todavía lo tenemos aquí a la espera de su respuesta.

-Un incendio acabó con las instalaciones y el campo ha sido cerrado recientemente. No obstante estoy a su disposición. Detálleme lo que ha descubierto y los resultados de su examen.

El general sacó sus gafas y se las puso mientras el cabo permanecía erguido frente a la silla de ruedas.

-Verá, al principio tuvimos nuestras dudas pero un especialista en retratos nos desveló la identidad de la propietaria remitiéndonos a el catálogo de cuadros de una subasta celebrada a finales del siglo XIX en Londres. Nuestra sorpresa fue que, a pesar de la belleza de la mujer en cuestión, su biografía era escalofriante –el restaurador sacó un papel de debajo de unos libros y se limpió la frente con un pañuelo que guardaba en uno de los bolsillos del pantalón–.

La identidad de la dama del retrato correspondía a La condesa Erzsébet Báthory, Llamada “La Condesa Sangrienta”, perteneció a la alta aristocracia húngara y vivió entre los siglos XV y XVI, fue famosa en Europa por su belleza. Después de quedar viuda en 1604, para no perder su juventud y hermosura, practicó la magia negra y considerando que la sangre de doncellas vírgenes le conservarían bella y lozana, asesinó a 650 jóvenes campesinas a quienes torturaba y desangraba para obtener sangre para sus baños o para beberla, hasta que el emperador Matias II y el palatinado la detuvieron y la juzgaron, siendo condenada en 1611 a cumplir cadena perpetua emparedada en sus aposentos. Una historia, que de ser cierta, dejaría helado a cualquiera –añadió el doctor Engelman.

-Es posible que fuese una pariente lejana de esa extraña mujer –masculló el general pensativo.

-Lo más extraño vino después –añadió el restaurador–, la condesa murió en 1614, sin embargo, se puede apreciar tras ella, en un mueble con libros apilados, situado a la derecha del retrato, un volumen de la primera traducción inglesa del “Quijote”, de Thomas Shelton.

-¿Qué tiene eso de particular? –habló el cabo por primera vez.

-Que data del año 1620 –reseñó Engelman.

El general se mostró nervioso y preocupado.

-En un descuido –continuó el restaurador–, el cuadro se le resbaló de las manos a mi ayudante y pudimos descubrir detrás del lienzo un falso tapiz cubierto por una capa de pintura que escondía una pequeña leyenda escrita en húngaro o magiar. Conseguimos traducirla con la ayuda de un profesor de idiomas que pertenecía al entorno de relaciones internacionales de Franco.

El pequeño relato venía a decir algo así como que la condesa había contraído una rara enfermedad y la emplazaban a un viaje a una lejana ciudad

española para conseguir curarse para siempre y vivir para toda la eternidad. Hablaban de un lienzo del siglo primero con la efigie del “Salvador” que se guardaba en una iglesia y proporcionaba la curación o salvación milagrosa devolviendo la salud a quien consiguiera admirarla y tocarla. Concluye con una frase en latín que viene a decir “vera icon” (imagen verdadera o icono original) etimología de donde procede la palabra “verónica”... La santa imagen de Cristo, la Santa Faz guardada, según la tradición, en una iglesia española.

Como ve, todo un galimatías mitológico y milagroso.

-Interesante –dijo el general acariciando su barbilla.

-A lo largo de la geografía española hay varios lienzos sagrados que podrían tener relación con el relato del cuadro y su personaje –dijo el doctor con excitación–, pero investigar este embrollo corresponde a otro departamento...

El general quedó pensativo mientras sonreía sutilmente. Sin que su interlocutor se diera cuenta fue echando su mano hacia una pequeña funda de cuero atada en su pierna izquierda. Protegida en su interior tenía una pequeña pistola “Star”, modelo 1922 de doble cañón y cachas de nácar, que no dudó en mostrar. Amenazando con disparar al restaurador, se puso de pie y cogió el informe del doctor, Lo quemó con su mechero y disparó a bocajarro al doctor Engelman, que cayó muerto instantáneamente; luego se dio la vuelta y descargó dos tiros sobre el joven cabo de infantería. El general salió andando del sótano y prendió fuego a la estancia.